

El giro a la izquierda del año 2003 como paradigma histórico en Argentina:  
Neoliberalismo y justicia social en perenne confrontación

Eduarda Moura Pereira  
eduardamourap@hotmail.com  
Graduação em Ciências Econômicas  
FACE – UFMG

Resumen: El presente trabajo tiene por objetivo investigar si el más reciente giro a la izquierda en Argentina puede ser considerado una coyuntura crítica; entendida aquí como un período de cambio significativo capaz de perpetuarse en el tiempo y en el espacio. En ese sentido, se fundamenta una análisis institucionalista-histórica, bajo el método inductivo de *process-tracing*, en la cual se propone delinear las condiciones permisivas, productivas y reproductivas de la elección de Néstor Kirchner en 2003. Así que se concluye que ese período de cambio argentino no se resume a factores puramente nacionales, pero sí se relaciona con una subjetividad latinoamericana mucho más compleja que perdura hasta hoy.

Palabras clave: Argentina. Coyuntura Crítica. Kirchnerismo. Izquierda. Neoliberalismo.

Abstract: The objective of this paper is to investigate if the most recent left turn in Argentina can be considered a critical juncture; understood here as a period of significant change capable of perpetuating itself in time and space. In this sense, an inductive process-tracing method underlies the institutionalist-historical analysis in which it is proposed to delineate the permissive, productive and reproductive conditions of the election of Néstor Kirchner in 2003. Therefore, it is concluded that this Argentine period of change is not limited to purely national factors, but it is related to a much more complex Latin American subjectivity that lasts until today.

Key words: Argentina. Critical Juncture. Kirchnerismo. Left. Neoliberalism.

Área temática: 5 – Relações Econômicas Internacionais

## Introducción

Desde el final de los años 1990 hasta mediados de la primera década de los años 2000, la América Latina pasó por significativos cambios en la conducción política de varios de sus países. Con la involución de los presupuestos neoliberales y el consecuente fracaso de los estímulos al crecimiento financiados por organizaciones norte-americanas en finales del siglo XX, el calentamiento de las urgencias populares por una agenda de orden social hizo con que una buena parte del continente pasase por un giro a la izquierda que cambió significativamente las prioridades gubernamentales en estas naciones. En todos los países envueltos en este cambio – a saber, Venezuela (1998), Chile (2000), Brasil (2002), Argentina (2003), Uruguay (2005), Bolivia (2005), Nicaragua (2006) y Ecuador (2007) – las medidas adoptadas por los gobiernos de izquierda lograron éxito en reducir la desigualdad, sea por aumento de los gastos con programas sociales, sea por políticas dirigidas a la reorganización del mercado de trabajo.

Sin embargo, mientras había intenciones redistributivas comunes, ese giro a la izquierda no se dio de una forma homogénea en toda América Latina, ya que no existía un proyecto de gobernanza común para la conducción de las reformas que presentase semejanzas cuanto al tiempo y la intensidad de las políticas de cambio entre las naciones. De hecho, la explicación más probable reside en la comprensión que la sostenibilidad de la gobernabilidad en los diferentes países se fundamenta en la organización de la elite económica y en su poder de acción conjunta, ya que los gobiernos de izquierda dependen de la aprobación de esa clase para lograr éxito en sus intenciones de generar empleo y de mantener la estabilidad de la economía.

En el caso específico de la Argentina, objeto de investigación del presente artículo, la participación política de la elite es espasmódica y sigue las crisis, sosteniendo la idea de que el apoyo al ascenso de los gobiernos de izquierda en la última década está intrínsecamente vinculado al fracaso de la conducción neoliberal implementada en el continente desde finales de los años 1980. En concreto, la desindustrialización y el rápido avance del desempleo, consecuencias de la fuerte liberalización implementada durante el gobierno de Carlos Menem, calentaron las reivindicaciones por un cambio político que han convergido hasta la elección de Néstor Kirchner en 2003.

En este sentido, el objetivo de este trabajo es comprender si de hecho la promoción del gobierno kirchnerista en comienzos del siglo XXI puede considerarse una coyuntura crítica. Este concepto, a su vez, hace parte de la corriente de investigación llamada institucionalismo histórico que presta especial atención a las asimetrías de poder asociadas al funcionamiento y al desenvolvimiento de las instituciones políticas en los diferentes países, defendiendo una causalidad social dependiente de su trayectoria histórica. Por lo tanto, se entiende como coyuntura crítica un período de cambio significativo que ocurre de maneras distintas y promueve resultados distintos en diferentes países.

La metodología utilizada para dar cabo de este objetivo es el método inductivo de *process-tracing*, en el cual se busca construir una secuencia causal a partir de eventos observables y continuos. Así que se propone un cuadro analítico dividido en tres etapas: primero se determinan las condiciones permisivas para el giro a la izquierda; después se investigan las condiciones productivas que resultaron de un momento previo de inestabilidad y que han convergido hasta una ocurrencia de naturaleza específica; y, por fin, se establecen los mecanismos de reproducción, o las condiciones que permitieron su continuidad histórica. A partir de ahí, la principal cuestión que orienta el artículo es comprender si el giro a la izquierda en Argentina logró éxito en desencadenar una trayectoria de enfrentamiento al status quo de las elites económicas con condiciones suficientes de perpetuarse en el tiempo y en el espacio.

Además de esa introducción, el artículo está estructurado en cuatro secciones principales. En la primera, se presentan las condiciones permisivas al giro a la izquierda en Argentina, destacándose las implicaciones de la situación económica anterior a la crisis de 2001 y los impactos estructurales de las políticas neoliberales implementadas durante el período menemista. En la segunda sección, se abordan las condiciones productivas del giro a la izquierda, con foco en la capacidad de mutabilidad del discurso peronista para canalizar las insatisfacciones nacionales a su favor. En seguida, las condiciones de reproducción del gobierno kirchnerista son enumeradas, enfatizando las acciones estatales en las esferas económica, laboral y social. Finalmente, en las consideraciones finales se hace un paralelo entre la crisis de 2001 y los enfrentamientos actuales en Argentina, sosteniendo la idea de que hay una trayectoria histórica que avanza sobre la soberanía y la independencia de los países latinoamericanos aún hoy.

## 1. Condiciones permisivas

Las condiciones permisivas en un contexto de coyuntura crítica señalan un momento de inestabilidad del sistema en análisis. En ese sentido, esa sección trata de los acontecimientos previos que posibilitaron el cambio del *status quo* en Argentina, bajo el entendimiento de que es necesario condiciones adversas antecedentes para que los agentes políticos, económicos y sociales puedan movilizar las estructuras que viabilizan el giro a la izquierda.

### 1.1 Los años ochenta y la hiperinflación

En mediados de diciembre del año de 1983, la Argentina realizó su primera elección presidencial después de la transición democrática. El periodo dictatorial había sido establecido en 1976 bajo influencias norteamericanas y terminó delante de un macizo descrédito en razón de sus fracasos económicos, sociales y políticos. En efecto, la derrota argentina para el Reino Unido en la Guerra de las Malvinas fue el gatillo para las gigantescas manifestaciones populares que exigían el fin de la dictadura – ejemplo importante fueron las “marchas por la vida” promovidas por las Madres de la Plaza de Mayo, que pedían la investigación de los abusos de poder militar contra los derechos civiles de la población argentina.

En cierta medida, a principios de los años 1983 los partidos políticos ya habían resurgido revitalizados y una buena parte de la población se afilió a algún de ellos en vista de prepararse para las elecciones. De hecho, “el Partido Justicialista ganó características más de partido que de movimiento, y, sobre todo, hubo en la UCR un movimiento renovador – el Movimiento de Renovación y Cambio -, promovido desde 1972 por un grupo en el que se destacaba Raúl Alfonsín” (Devoto y Fausto, 2004: 428). La placa electoral del Partido Justicialista (PJ) indicó el candidato Ítalo Luder, figura política moderada vinculada al senado, mientras que la Unión Cívica Radical (UCR) promovió Alfonsín y su dicho movimiento de renovación. Cuando las elecciones fueran realizadas en finales de 1983, la victoria de ese último marcó la primera vez que el partido peronista perdió una elección válida para la UCR desde su creación.

Aunque la transición política sube la figura de Raúl Alfonsín logró éxito en restablecer la democracia en el país, la transición económica de una política de mercado abierto impuesta por los Estados Unidos hasta una economía de estabilización fracasó completamente. En mediados de los años ochenta el gobierno enfrentó una significativa crisis internacional que resultó tanto de lo endeudamiento del periodo dictatorial como de la contracción de la demanda mundial de productos primarios de exportación. Mientras que aumentaba la inversión de petrodólares en los países latinoamericanos, la crisis económica en el continente redujo la confianza de los principales mercados que importaban de Argentina y las ventas de lo sector exportador colapsaran. De hecho, la crisis era mundial. El propio Brasil, principal socio económico de Argentina, también pasaba por la misma situación, y la retirada de capitales

invertidos en los países subdesarrollados fue general. La crisis de la deuda golpeaba a la puerta y llevaba consigo la hiperinflación.

En 1984 la tasa de variación anual de la inflación alcanzó 606,7% – de acuerdo con los datos del World Bank Indicators (2002) – y exigió una actitud del presidente Alfonsín. De hecho, en 1985 el gobierno anunció una política casi keynesiana para hacer frente al problema. El dicho Plan Austral consistía en un cambio de moneda oficial con congelamiento de precios y en algunas otras medidas contra el déficit fiscal. Los primeros resultados fueron positivos, señalando la retracción de la inflación hasta el nivel de los 74,5% en 1987. Sin embargo, con el fin del período de congelamiento, las tendencias inflacionarias inerciales crecieron junto con el desequilibrio fiscal y de nada sirvieron los esfuerzos de aumentar las tasas de interés para captar recursos externos. En 1989 “la crisis estructural del Estado, la especulación financiera de corto plazo, la fuga de capitales y la hiperinflación llevaron el gobierno de Alfonsín a la caída y aun su término algunos meses antes del fin del mandato” (Devoto y Fausto, 2004: 441) y, a principios de julio, el presidente anunciaba la transferencia anticipada de la presidencia para el ganador de las elecciones de 1989, Carlos Menem.

## 1.2 Menem y el neoliberalismo

En medio a la crisis hiperinflacionaria de finales de los años ochenta, la figura del gobernador de la provincia argentina de La Rioja surgió como candidato del Partido Justicialista bajo la égida de la “aurora de nuevos tiempos”. De hecho, Carlos Menem consiguió reunir fracciones diversas de la sociedad prometiendo aumentos del salario real y un significativo cambio de estructura productiva, además de la salida de la hiperinflación. Esa vuelta al discurso populista que bordeaba el antiguo peronismo garantizó su victoria en las elecciones de 1989 frente a un macizo descrédito de la UCR y, con la salida anticipada del presidente Alfonsín, Menem asume la presidencia en 8 de julio del mismo año.

Mientras la devaluación corroía la capacidad de pagos del gobierno argentino, en el escenario externo un importante cambio de ideología estaba en curso. La crisis económica mundial de los años setenta puso un fin al modelo desarrollista en los países emergentes, haciendo que las grandes potencias mundiales actuaran para expandir sus áreas de influencia. Como condiciones para la ayuda internacional, los órganos multilaterales – a ejemplo del Fondo Monetario Internacional (FMI) – impusieron a las naciones periféricas la implementación de políticas neoliberales, tales como la estabilidad de la moneda, la apertura comercial, el equilibrio fiscal, la baja inflación y la supresión de la actuación del Estado. Sin embargo, no parecía que había otra alternativa y la adopción del liberalismo económico por el presidente Carlos Menem no fue una simple elección.

Apelando al terrorismo de la argumentación, Menem consiguió que el Legislativo aprobase sus iniciativas, aunque no contase con el apoyo mayoritario en el Congreso argentino. Su principal acción en relación a la extensión de la actuación del Estado fue la aprobación de las leyes de Emergencia Económica y de Reforma del Estado luego de su posesión de la presidencia. La primera, suspendió todo tipo de subsidios, incentivos y privilegios a las empresas, además de autorizar el despido de empleados del sector público. La segunda, a su vez, declaró la necesidad de privatizar una extensa lista de empresas estatales y delegó amplios poderes al presidente de la República para disponer sobre la forma con que se llevarían cabo las privatizaciones.

Con respecto a la hiperinflación heredada, la primera acción del gobierno Menem fue la adopción del Plan Bonex que, a ejemplo del Plan Collor en Brasil, “se apropió de los depósitos a plazo fijo existentes en los bancos y los cambió por bonos a largo plazo, en dólares” (Devoto y Fausto, 2004: 454). Sin embargo, el camino definitivo para el plan económico del presidente

solo fue recorrido cuando de la entrada del economista Domingo Cavallo en el Ministerio de la Economía a principios de 1991. En abril de ese mismo año, el Plan de la Convertibilidad fue anunciado. En líneas generales, su instrumento básico fue la fijación de la paridad de un para un entre el peso argentino y el dólar estadounidense, además de prohibir que el Estado emitiera moneda excediendo sus reservas en dólares.

Aunque el FMI ha condenado inicialmente las directrices del plan, la eficacia de ello en contener la inflación en sus periodos iniciales fue suficiente para que Argentina consiguiera el apoyo internacional en la conducción del plan económico. De hecho, hasta la crisis mexicana de 1994, el PIB anual argentino se elevó en 9,1% en tres años, la inflación cayó de 2077% (1990) para 133% (1991), hubo ganancias salariales en el sector privado y, a medida que se forzaba mayor competitividad empresarial, los avances tecnológicos fueron favorecidos (Devoto y Fausto, 2004). Sin embargo, la adopción del rótulo de política neoliberal para la ley de la Convertibilidad puede conducir a equívocos, ya que esa ley significó que la moneda argentina sería fijada por el Estado y no por el mercado, en contra de las directrices iniciales del FMI.

Mientras la Argentina lograba éxito en controlar la inflación inercial, a fines de 1994 el México entró en una profunda crisis económica de efectos mundiales. El déficit de la balanza de pagos mexicana evidenció la fragilidad del país frente a la captación de recursos externos y, en una oscura crisis de credibilidad, la fuga de capitales en América Latina fue sin precedentes. La Argentina experimentó entonces las consecuencias del déficit fiscal, de la recesión y del desempleo, en una intensa crisis económica mundial que estaba solo comenzando. Cuando al final de la década de los 90 se percibió que la Convertibilidad perjudicaba la competencia argentina, debido a la naturaleza primaria y de exportación de su estructura productiva, la economía ya estaba congelada y el mercado internacional no daba señales positivas a los países periféricos.

Además del marco económico, al final del gobierno, el presidente Carlos Menem fue ampliamente denunciado por corrupción, terminando su mandato con una enorme desaprobación. De hecho, el caos socioeconómico que representó el final del período neoliberal – reflejado en la recesión, en el desempleo y en la escalada de la pobreza – hizo con que toda la Argentina se volviera contra la agenda norteamericana de los órganos multilaterales. Sumado a eso, los escándalos de corrupción evidenciaron el alejamiento de la política menemista de los ideales sociales del antiguo peronismo, promoviendo una maciza desaprobación del Partido Justicialista y una urgencia popular de cambio de poder político en Argentina. Esos dos factores combinados fortalecieron la imagen de enfrentamiento del status quo que supuestamente representaba la UCR y, en 1999, ella vuelve al poder presidencial con la elección de su candidato a la presidencia Fernando de la Rúa, que asume en medio del empeoramiento de la crisis económica.

## 2. Condiciones productivas

Con respecto a las condiciones productivas del giro a la izquierda en Argentina, el objetivo de esta sesión es encontrar una conexión causal que permitió una ordenación de los núcleos de inestabilidad hasta la concretización del cambio. En ese sentido, las condiciones permisivas definidas anteriormente deben ahora estar suficientemente establecidas y coordinadas para posibilitar la ocurrencia de una coyuntura crítica.

### 2.1 La salida de la convertibilidad

En diciembre de 2001, cuando la crisis económica alcanza su auge y las manifestaciones populares se rompen en todo el país, el presidente electo Fernando de la Rúa decide anunciar

su renuncia oficial del cargo. Como su vicepresidente ya había tomado la misma decisión meses antes, el Congreso argentino fue convocado para elegir un nuevo presidente para la Argentina hasta las elecciones de 2003. En veintidós de ese mismo mes, Adolfo Rodríguez Saá – el gobernador de la provincia de San Luis – asume el cargo en medio a un colapso de la gobernabilidad que resultó de conflictos internos a los partidos políticos argentinos. Como consecuencia de la completa falta de apoyo político, Rodríguez Saá también renuncia días después y, en dos de enero de 2002, Eduardo Duhalde es elegido presidente.

Con la bomba de la crisis económica explotando en sus manos, las acciones iniciales de Duhalde como presidente se volvieron hacia la promoción de una gobernabilidad suficiente – aunque casi débil – que lo permitiese conducir políticas dirigidas a la estabilización. En unión con el ex presidente Raúl Alfonsín, sus partidos políticos y los sindicatos de trabajadores argentinos, Duhalde inició una importante discusión a nivel nacional que intentaba encontrar alternativas a la política de Convertibilidad. Como solución, se anunciaron dos proyectos distintos que ya estaban siendo formulados en finales de lo año 2001; de un lado la alternativa dolarizadora agradaba a los sectores internacionalistas argentinos, por otro, la opción devaluatoria era la salida defendida por los grupos más importantes del país.

Con respecto a la primera de las opciones, la salida dolarizadora constituye un proyecto de política que se objetiva a hacer frente a las restricciones externas que el régimen convertible estaba imponiendo a lo proceso de acumulación y reproducción del capital. En una idea concebida como la “fase superior” (Schorr, 2001: 11) de la Convertibilidad, esa alternativa ganó apoyo de sectores muy internacionalizados, como las compañías privatizadas en manos extranjeras, las firmas de origen transnacional y el sector financiero tanto local como internacional. En términos generales, el mayor beneficio de una eventual dolarización de la economía argentina para el capital extranjero sería la manutención del valor en dólares de sus activos fijos.

Por su vez, la salida devaluatoria fue elegida por los sectores más influyentes de la economía nacional. Con un discurso que defendía la reindustrialización y la intervención del Estado, los grandes exportadores argentinos calentaron una demanda casi paradójica, teniendo en cuenta que esos mismas actores resultaron favorecidos por la venta de sus empresas a capitales foráneos durante el período neoliberal. En ese sentido, la defensa de una postura nacionalista e industrialista indica una vez más la necesidad de nuevos espacios de acumulación y reproducción del capital activo detenido por la elite económica argentina. De hecho, la industrialización propuesta por esos sectores nada tenía relación con el desarrollo de una estructura productiva compleja de la economía, ni con el fortalecimiento del mercado interno en Argentina, pero sí se trataba de la manutención de un perfil productivo sostenido por las exportaciones, mayoritariamente de bienes primarios de poco valor agregado.

Sin embargo, aunque existan diferencias importantes a los dos proyectos de salida de la Convertibilidad, ambas tenían implicaciones similares sobre los ingresos de los trabajadores argentinos. Con la salida dolarizadora, “la Argentina se vería forzada a tener – como mínimo – el mismo nivel de productividad que la economía estadounidense” (Schorr, 2001: 12), lo que ciertamente profundizaría la caída de la ocupación, la explotación de los trabajadores y la contracción de las remuneraciones salariales. Por otro lado, la salida devaluatoria implicaba una ascensión de las tasas de inflación y, por consecuencia, el deterioro del poder adquisitivo de los ingresos en el mercado de trabajo.

Finalmente, en mediados de 2002, Duhalde elige como plan de acción de su gobierno la devaluación de la moneda argentina, paralelamente a la declaración de moratoria unilateral de la deuda externa. De hecho, aunque los datos acumulados de ese año todavía han mostrado

un malo desempeño de la economía como un todo, la evolución trimestral fue significativa. La contracción del PIB se reduce de -16,3% en el primero trimestre para -3,6% en finales de 2002, misma situación de los investimentos y del consumo. Sin embargo, la inflación salió de 7,9% en marzo para casi 40% en el último trimestre. (Ribeiro, 2014: 64).

## 2.2 La organización de las elites

De la forma en que se entiende, la organización de las elites en Argentina no puede ser dada como cierta, si no como una representación débil de la coyuntura económica de su país. Los principales representantes de ese sector social, la Unión Industrial Argentina (UIA) y la Sociedad Rural Argentina (SRA), difícilmente presentan una unificación ideológica detrás de la cual grandes industriales y productores agrarios defienden sus intereses y el vínculo con el gobierno muchas veces se da por medio de movilizaciones oscuras. Cuando analizamos esa participación política de las elites en la conducción de la gobernabilidad argentina tornase visible que esa movilización es espasmódica y sigue las crisis, señalando una falta de institucionalidad que representa la inexistencia de normas claras que regulen las relaciones entre el poder económico y el poder político.

Mientras estaba en curso la redemocratización, los principales actores de la elite argentina mantuvieron una postura defensiva bajo coaliciones poco representativas. De un lado, los sectores populares y la burguesía urbana se defendían a través de la Alianza Defensiva, por otro, la SRA y la burguesía internacionalizada se unieron cuando de lo comienzo de la crisis hiperinflacionaria de la década de 80. Sin embargo, mientras la Argentina se recuperaba en los primeros años de lo gobierno de Carlos Menen, las elites mantuvieron una actitud favorable a la internacionalización de la economía, hasta que las señales iniciales de la crisis de 2001 se presentaran profundamente preocupantes.

Reiterando una participación política que de hecho sigue las crisis, fue durante la recesión que la elite argentina mostró señales de descontento con las políticas neoliberales. Mientras que las altas clases internacionalizadas se unieron en favor de la dolarización de la economía, las grandes elites nacionales – tanto del sector exportador como las ligadas al sector industrial – se aglutinaron alrededor de la salida devaluatoria, marcando un enfrentamiento de cuño ideológico acerca del fortalecimiento mercadológico interno y de las consecuencias de la internacionalización económica. En medio a la repercusión de la influencia del capital externo en el periodo neoliberal, esa división representó la polarización de un discurso construido en Argentina por argentinos y de un discurso que adornaba el neoliberalismo, construyendo un camino para la vuelta de los ideales de izquierda.

Solamente con la ascensión de Eduardo Duhalde a la presidencia de la república en 2002 que fue posible hacer una movilización nacional entre partidos políticos, empresarios y sindicatos capaz de garantizar la gobernabilidad necesaria a la implementación de las medidas que lograron éxito en acabar con la resección producida por la Ley de Convertibilidad, vía salida devaluatoria. De hecho, los problemas económicos ya estaban controlados y la pasividad de las élites imperaba nuevamente cuando Kirchner asume la presidencia proponiendo medidas de cuño social. La administración kirchnerista procuró atraer liderazgos empresariales para el ámbito estatal, lo que promovió un contentamiento de las élites con su elección y redujo fuertemente la formación de coaliciones en su primero período presidencial.

## 2.3 La mutabilidad del discurso peronista

Como denominación genérica del movimiento ideológico creado y liderado por el militar y estadista Juan Domingo Perón, el peronismo es la principal corriente política en Argentina desde mediados del siglo XX. Institucionalizado en 1946, cuando de la elección

presidencial de su creador, el antiguo Movimiento Nacional Justicialista caminó para convertirse en el mayor partido político argentino, que más tarde sustentaría una fuerte estructura política bipartidista con la Unión Cívica Radical.

Con un significativo carácter de naturaleza populista, el proyecto de justicia social que fundamenta las ideologías de Perón está intrínsecamente conectado con el movimiento de trabajadores argentinos y con las políticas sectoriales de apoyo económico de la clase laboral. En una concepción generalista, cuando se lee acerca de los ideales de la corriente política peronista se señalan mayoritariamente las siguientes premisas: i) el peronismo es esencialmente popular y, como gobierno democrático, debe cumplir la voluntad del pueblo; ii) los propósitos peronistas son la justicia social y el bienestar social; iii) su doctrina social, política y económica es el justicialismo, una filosofía profundamente humanista; y iv) el peronismo tiene pretensiones de construir un estado centralizado y organizado para un pueblo libre.

En esta perspectiva, es fácil percibir que en la concepción ideológica del Partido Justicialista no hay una línea teórica que fundamente estrictamente la acción práctica. Aunque haya una proximidad con los ideales socialistas – en razón de su importante aproximación con la clase laboral – el peronismo no es revolucionario, una vez que consolida el capitalismo argentino por vías de la industrialización. Paralelamente, su continuidad histórica es en efecto sustentada por una relación fuertemente emocional entre la figura de Perón y el pueblo argentino. En ese sentido, como conceptúa Carlos Etulain (2001: 55), “a identidade do peronismo não pode ser atrelada à especificidade de sua ideologia, com risco de se fixar numa série de conteúdos e expressões datadas, que logo depois se alteram com o curso dos fatos”.

Sin embargo, la capacidad de mutabilidad coyuntural del discurso peronista es la principal óptica analítica bajo la cual podemos comprender la recuperación del crédito del Partido Justicialista después de la era menemista. Mientras las políticas liberales estaban completamente desacreditadas en razón de la crisis de la Convertibilidad que resultaron en la extrema recesión de 2001, Kirchner lanzó su estrategia más sensata: volver al discurso social del antiguo peronismo y adoptar una postura nacional-desarrollista. De hecho, la sobrevivencia del movimiento se debe a su capacidad de conectarse con el pensamiento de los sectores populares, en diferentes situaciones políticas y económicas.

En las vísperas de las elecciones de 2003 diversos candidatos del Partido Justicialista fueron autorizados a participar en las elecciones, ya que ellos no habían entrado en un acuerdo sobre qué candidato sería lanzado para disputar la presidencia. Kirchner entró con la placa electoral Frente para la Victoria y, como “candidato del pueblo”, fue al segundo turno de las elecciones con el antiguo presidente Carlos Menem. En razón del macizo descrédito de este último y de su probable derrota, Menem retira su candidatura y Kirchner es electo con sólo 22,4% de los votos válidos.

Así pues, la dicotomía que construye la política argentina marca la peculiaridad del caso peronista. El sistema bipartidista no se constituye por la oposición simple entre los discursos de derecha e izquierda, ya que tanto la UCR como el PJ son ampliamente representativos de diferentes seguimientos ideológicos, haya visto los cambios de direccionamiento de sus gobiernos después de la redemocratización. Sin embargo, el núcleo peronista del Justicialismo justifica la capacidad creativa del partido para generar sentidos y significados que hacen parte del pensamiento de los sectores populares, en diferentes situaciones. En verdad, no es la unidad ideológica, pero sí el sostenimiento emocional del discurso de inclusión social que justifica la continuidad histórica del peronismo y, consecuentemente, la elección de Néstor Kirchner.

### 3. Condiciones de reproducción



Conforme el concepto de “coyuntura crítica” todavía es necesario analizar si, de hecho, el proceso de cambio discutido hasta ahora logró éxito en producir un legado en el tiempo y en el espacio, o sea, si hubo mecanismos de reproducción capaces de garantizar la continuidad de la nueva trayectoria en Argentina. En ese sentido, el gobierno de Néstor Kirchner adoptó políticas importantes en tres frentes: la económica, la laboral y la social.

### 3.1 La política económica

Mientras los problemas de la convertibilidad ya estaban controlados y los pagos de la deuda congelados, Kirchner asume el poder en mayo de 2003 cuando la peor parte de la crisis ya había pasado. Delante de un escenario externo favorable, los precios internacionales de los productos básicos subieron y la capacidad ociosa de la economía abrió oportunidades productivas sostenidas por incentivos domésticos. Sin embargo, la pérdida de salarios reales, el desempleo y la ascensión de la pobreza todavía preocupaban diversos sectores de la población y presionaba la gobernabilidad.

Siguiendo con el ejemplo de Eduardo Duhalde, el nuevo presidente preservó los principales rasgos macroeconómicos de su precursor, aunque la devaluación del peso estaba ahora condicionada también a constantes entradas de capital promovidas pelo Banco Central argentino a través del mantenimiento de un tipo de cambio real competitivo y estable, conocido TCRCE. En verdad, “esta política pretendió contribuir al proceso de sustitución de importaciones que había empezado después de la devaluación, pero también promocionar las exportaciones (especialmente aquellas de origen manufacturero) y acelerar el crecimiento de la economía, y, por ende, la recuperación” (Wylde, 2012: 123).

Como en cualquier otro gobierno con un enfoque neo-keynesiano, la expansión monetaria y las bajas tasas de interés consiguieron equilibrar las demandas de los trabajadores y de los capitalistas, aunque esa línea de acción traía consecuencias adversas para los salarios reales – pero, cómo se verá adelante, las acciones de Kirchner en esa frente fueron muy convenientes, para decir el mínimo. El fortalecimiento de esta base de apoyo que involucraba sectores populares urbanos y de la elite industrial aprovechó todavía del escenario internacional favorable y se sostuvo en políticas dirigidas a la expansión de las subvenciones a los precios, al estímulo a la inversión pública y al crecimiento sin inflación.

De hecho, hasta el final del primero gobierno de Néstor Kirchner, la recuperación económica era evidente. La política de devaluación del peso y el calentamiento del consumo – en respuesta a la valorización del trabajo – lograron éxito en reindustrializar la pauta productiva argentina, haciendo que los grandes industriales apoyasen las nuevas políticas contra la recesión. El investimento público también ganó el aliento que necesitaba a la expansión de la actividad económica, haciendo que diversos empleos fuesen creados principalmente en el sector de la construcción civil. Además, los actores agroexportadores se quedaron anestesiados debido a la ascensión de los precios de exportación en el período.

Paralelamente, acerca de la política financiera internacional, la relación del gobierno Kirchner con el Fondo Monetario Internacional ha osciló entre la confrontación y la disuasión mutua: mientras el presidente argentino se recusó a firmar un nuevo acuerdo para políticas de recuperación económica, el FMI se mantuvo inerte a la situación ya que no podría arriesgar un grave déficit de pagos con una de las naciones más deudoras en el mundo. En razón del expresivo fracaso de las políticas de combate a la inflación en los años 80 y de la profunda recesión provocada por la convertibilidad en el gobierno Menem – ambas realizadas bajo estricta supervisión del Fondo –, la desconfianza con la influencia de órganos multilaterales en Argentina hizo con que el presidente Kirchner mantuviese una posición contraria a la ayuda internacional durante su gobierno.

Sin embargo, a pesar del discurso nacionalista y anti-neoliberal, Kirchner no ha vuelto atrás con la gran expansión de las privatizaciones en finales del siglo XX. Las acciones dirigidas a la propiedad estatal en el dominio de la producción fueron pragmáticas: el gobierno sólo tomó el control de las empresas en severo conflicto con las nuevas políticas de regulación económica. Estas, por su vez, avanzaron sobre el control de precios y marcaron la principal área de enfrentamiento con los capitalistas en Argentina. En especial a finales del primero mandato de Néstor hasta el gobierno de Cristina Kirchner las organizaciones de productores rurales se quedaron contra las restricciones a la exportación, llegando a promover un lockout en mediados de 2006.

### 3.2 La política laboral

Acerca de la cuestión laboral es necesario abordar la condición de organización de trabajadores en Argentina, en razón de la histórica consolidación del sindicalismo empresario en el país después de los años sesenta, estructura en la cual el poder de negociación laboral se queda en la instancia patronal. De hecho, el período dictatorial fue responsable por desestructurar el poder de organización operaria creado durante los primeros gobiernos peronistas, en razón del desarrollo del nuevo patrón de acumulación de capital que se basaba en la consolidación de un ejército industrial de reserva para la producción.

La fragmentación de la clase trabajadora resultó entonces en un impedimento a la lucha conjunta que resiste hasta hoy, ya que hay “una burocracia sindical preocupada por consolidar el “sindicalismo empresario” sobre la base de los ingresos proveniente de los salarios y que, a su vez, tiende a agravar la caída de la sindicalización porque los trabajadores son profundamente escépticos, con razón, respecto a la posibilidad de avanzar con esos dirigentes” (Basualdo, 2008: 14). En consecuencia, las negociaciones laborales no se realizan con equivalencia entre las partes y se mantiene una particular desigualdad entre el capital y el trabajo.

En ese sentido, aunque la retórica anti-neoliberal garantizó cierto apoyo de la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA) para la administración kirchnerista, la clase trabajadora no se encontraba consolidada tras de una organización objetiva y el principal eslabón establecido con la clase laboral fue hecho con la Central General de los Trabajadores (CGT) – una unión peronista – a través de la política laboral. Mientras que aquella representaba los profesores organizados, mitad de los trabajadores del estado y algunos de las uniones industriales, la CGT cubría una buena parte de los empleados del sector privado y de las uniones del sector público, no alineados con la CTA.

En contraste con el período de gobierno Kirchner, la actuación de la Central General de Trabajadores durante el ajuste neoliberal de Carlos Menem tuvo un carácter de acomodación, mientras las ofertas de trabajo y los conflictos industriales se suprimieron. A su vez, cuando se inicia la administración kirchnerista, el estado ayudó a impulsar las llamadas de huelga al estimular una “conciliación obligatoria”, llegando a declarar abiertamente que el conflicto industrial era el camino natural para los trabajadores recuperaren los salarios reales (Etchemendy y Garay, 2011).

En paralelo, el gobierno Kirchner intervino en la política de salarios por la primera vez desde las reformas neoliberales en mediados de los años 1990, tanto por decretos que estipulaban aumentos en los salarios nominales privados, cuanto por aumentos en el salario mínimo. Finalmente, la política laboral fue fundamental para la recuperación del poder de negociación de las uniones de trabajadores pues, además de viabilizar el aumento en los salarios reales, ella también fue responsable por volver atrás con las políticas de flexibilización implementadas en el gobierno menemista.

### 3.3 La política social

La política social durante el gobierno Kirchner se basó en la expansión sustancial del estado argentino. Con intenciones iniciales de contener las reivindicaciones de los trabajadores desempleados y desprotegidos, los beneficios abarcaron mayoritariamente los operarios fuera de lo mercado formal de trabajo y sus familias. En ese sentido, las reformas más visibles incluyeron la creación de diferentes esquemas de empleo y la extensión de los subsidios a familias de bajos ingresos con crianzas, así como la nacionalización y el aumento de la cobertura de lo sistema de pensión (Etchemendy y Garay, 2011).

Con un carácter político fuertemente de izquierda, la administración kirchnerista fue responsable por ampliar las transferencias de ingreso para los pobres y desempleados, sistema heredado del precedente gobierno de Eduardo Duhalde. Lo programa más importante en esa dirección ha sido tal vez lo Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados, que ya cubría 20% de las casas argentinas en el momento que Kirchner tomó el poder. Después de la elección de 2003, su administración todavía anunció un nuevo programa habitacional de emergencia que financió la construcción de habitaciones públicas en todo lo territorio argentino.

Por fin, la segunda y tal vez mayor transformación de política social promovida directamente por el gobierno Kirchner se dio en el ámbito de la seguridad social. El sistema de pensiones argentino fue parcialmente privatizado en 1994 por el avance neoliberal y mostró significativos problemas técnicos que degastaron su legitimidad en consecuencia de la caída de su cobertura, particularmente después de los años 2001. Sin embargo, en comienzos de 2004, la administración kirchnerista promovió una serie de cambios en el programa de seguridad que permitían a los trabajadores elegir entre el sistema privado de capitalización y el sistema administrado por el Estado, lo que ayudó a controlar el déficit público y consiguió hacer del sistema de pensiones un sistema universal hasta finales de la presidencia de Néstor Kirchner.

#### Conclusiones y Panorama Contemporáneo

Hasta ahora, la investigación emprendida en ese trabajo elucidó la particularidad del caso argentino como conceptualización de una coyuntura crítica de cambio. De hecho, el giro a la izquierda en Argentina puede ser así reconocido en razón de la significativa transformación en las estructuras de conducción política después que el presidente Néstor Kirchner asumió el poder ejecutivo en 2003. El carácter de su gobierno se basó en una conducción social que ayudó a redistribuir los ingresos, a fortalecer las demandas de los trabajadores y a restablecer la identidad popular del Partido Justicialista. Sin embargo, ese cambio ideológico-práctico no se delinea sólo bajo la ascensión al poder de un partido político propiamente de izquierda, como fue con la elección del 'Partido dos Trabalhadores' en Brasil del año 2002. En verdad, la coyuntura crítica en Argentina fue más subjetiva y se ha estructurado sobre un fuerte rechazo a la conducción neoliberal de los años noventa.

Mientras que la organización política en ese país se caracterice por una polarización partidaria, la división entre derecha e izquierda no es clara. En ese sentido, sólo podemos hacer una conceptualización asertiva de la coyuntura crítica argentina de 2003 si consideramos la trayectoria histórica de las instituciones después de la redemocratización. Decir que la elección de Kirchner es un giro a la izquierda no significa decir que los gobiernos anteriores estaban ciertamente alineados a movimientos políticos de derecha, pero no hay duda que las estrategias implementadas hasta la crisis de 2001 representaban el opuesto de las demandas populares. El cambio fue, por lo tanto, basado en la vuelta del antiguo discurso social peronista y no en la ascensión de un partido en cuya historia siempre ha prevalecido la izquierda.

En verdad, el contraste izquierda-derecha que hay entre el gobierno kirchnerista y menemista implica el mismo partido político. Si Kirchner logró éxito en volver al antiguo peronismo, la capacidad de metamorfosis del Partido Justicialista fue responsable por elegir un presidente neoliberal bajo un discurso populista, característico del fundador de ese movimiento. Sin embargo, fue justamente la conducción neoliberal menemista que posibilitó la coyuntura crítica de 2003. La utilización de estrategias poco eficaces para economías periféricas bajo la influencia norteamericana resultó en una de las más profundas crisis de gobernabilidad en Argentina, además de una recesión que representó una gigantesca pérdida de derechos para la población. Así, el rechazo al gran capital externo fue la principal condición permisiva que estructuró el discurso kirchnerista y condujo al giro a la izquierda.

En lo que concierne a la organización de las élites, su naturaleza fragmentaria ayudó a crear un ambiente de poco enfrentamiento del status quo por parte de esa clase. Mientras la política neoliberal daba buenos resultados en mediados de los años 90, las élites fueron favorables a la internalización de la economía. A su vez, cuando las primeras señales de crisis se presentaban en finales de la década, hubo una ruptura entre los sectores internacionales y nacionales de la élite. En ese sentido, el proceso de construcción de la gobernabilidad en el gobierno Kirchner se basó en una conciliación de esas élites nacionales con las clases populares alrededor de un proyecto popular cuyo carácter económico se estructuraba en un enfrentamiento al capital externo y al discurso neoliberal. De hecho, la Argentina entró en el siglo XXI con un rechazo antineoliberal profundamente arraigado en la sociedad y que parecía durar para siempre – pero ciertamente no fue así.

Si el fracaso de las políticas neoliberales abrió camino para la ascensión de un gobierno de izquierda, tal vez las fallas de ese mismo gobierno puedan justificar la vuelta del discurso de derecha en 2015. Mauricio Macri, un empresario y dirigente deportivo argentino, fue elegido con más de ocho millones de votos en noviembre de ese año sin ocultar su alineación liberal. Su placa electoral, la frente Cambiemos, es resultado de la unión del nuevo partido político PRO con la Unión Cívica Radical y su elección representa la primera vez desde 1944 que el PJ y la UCR no encabezan la presidencia del país.

La Argentina que Macri recibió ya no era la misma del primero gobierno Kirchner. En realidad, las políticas de carácter popular implementadas a partir de 2003 lograron éxito en redistribuir los ingresos, pero no fueron suficientes para realizar un cambio significativo en las estructuras social y económica a largo plazo. Es necesario destacar que la élite continuó la misma, conformadas por sectores de la industria y de la agricultura – bajo la UIA y la SRA – y que la movilidad de clases resultó más de un aumento del PIB total que de la expansión de la participación de los asalariados en los ingresos. Más allá, la estructura económica también se mantuvo igual, con poca dinamización, poca absorción tecnológica, basada principalmente en productos primarios de bajo valor agregado y fuertemente dependiente de las fluctuaciones del mercado internacional.

En verdad, la naturaleza de las crisis económicas en Argentina es básicamente la misma: la subordinación estructural de su economía al mercado externo, característica de países subdesarrollados. Esto se vuelve claro cuando analizamos la evolución histórica de los recientes desequilibrios frente a los condicionantes de la crisis de 2001. Del mismo modo con que Carlos Menem ha recibido la nación en un cuadro hiperinflacionario casi irreparable, Mauricio Macri también asume la presidencia bajo un escenario de alta inflación y déficit fiscal heredado del gobierno de Cristina Kirchner. Su primera acción se vuelve al mismo modelo neoliberal implementado en los años noventa, con cortes de salarios públicos, baja en los impuestos y aumento de las tarifas de servicios subvencionados. Sin embargo, mientras el nuevo presidente

ha intentado hacer con que la Argentina volviera a la economía internacionalizada, la tensión en los mercados externos ha cerrado los países centrales en una ola proteccionista.

Ante todo, el aumento de la tasa de interés en los Estados Unidos asociado al crecimiento del déficit en la balanza de pagos hizo con que la salida de capitales de Argentina fuera asombrosa. Con el corte de crédito al país, sólo en mayo de 2018 la devaluación del peso llegó a 7,64% de su valor (datos del Banco Central de la República Argentina). La respuesta de Macri para atraer inversores fue elevar la tasa de interés argentina al nivel más alto del mundo, 60%, pero la corrida cambiaria continuó. Con el riesgo-país en las alturas, la credibilidad destruida y la deuda en dólares sólo subiendo, la salida encontrada por el presidente fue recurrir a la supuesta ayuda del Fondo Monetario Internacional, el cual ha prometido prestar más de 50 billones de dólares a la Argentina hasta 2019.

Aunque Macri no tenga inventado el déficit, no es secreto que ese fantasma ya asombra la Argentina hace más de 70 años. De aquí en adelante las promesas del gobierno se vuelven hacia perspectivas de déficit cero en 2019 y de nuevos reajustes macroeconómicos. Sin embargo, el presidente fue en red nacional pedir disculpas por los tiempos oscuros que han de venir. Mientras que algunas acciones de carácter neoliberal serán aprovechadas, como la reducción de inversiones públicas y cortes en ministerios y en repases para las provincias, otras medidas heterodoxas también serán utilizadas para ayudar a capturar más recursos para el pago de la deuda, como la implementación de impuestos a la exportación. De hecho, los principales grupos de la élite exportadora que fueron beneficiados con la devaluación de comienzos del gobierno Macri ya no están satisfechos con la conducción económica del presidente, al mismo tiempo en que la población enfrenta un aumento significativo en los niveles de pobreza total.

El paralelo que podemos trazar entre los acontecimientos históricos que confluyeron a la coyuntura crítica de 2003 y el actual escenario político-económico argentino es como un pronóstico de la crisis que ya se presenta factual. La ofensiva neoliberal nuevamente avanza sobre las economías periféricas bajo un fuerte conservadurismo ideológico, amenazando las ganancias sociales de la primera década del siglo XXI en toda la América Latina. Sin duda, las disputas son las mismas y los enfrentamientos ya están en pauta. La recesión llega fuerte en Argentina y lanza una incógnita sobre la disputa presidencial de 2019, en razón de la investigación de corrupción bajo la cual se encuentra acusada la principal candidata de la oposición, Cristina Kirchner. De hecho, el impasse es continental y no da señales de que acabará. El siglo XXI cuenta las mismas historias y las venas latinoamericanas continúan secularmente abiertas.

#### Referencias Bibliográficas

BASUALDO, Eduardo M. La distribución del ingreso en la Argentina y sus condicionantes estructurales. Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS): Memoria Anual 2008.

Argentina. <https://www.cels.org.ar/web/capitulos/la-distribucion-del-ingreso-en-la-argentina-y-sus-condicionantes-estructurales/>

Banco Central de la República Argentina. Mayo/2018 – evolución de una moneda.

Recuperado el 22 de octubre de 2018 de

[http://www.bcra.gob.ar/PublicacionesEstadisticas/Evolucion\\_moneda\\_2.asp/](http://www.bcra.gob.ar/PublicacionesEstadisticas/Evolucion_moneda_2.asp/)

Borón, Atílio A. (2007). Néstor Kirchner e as desventuras da “centro-esquerda” na Argentina. *Lutas Sociais*, n. 17/18. pp. 9-22.

Conde, Roberto Cortés. (2003). “La crisis argentina de 2001-2002”. Santiago: Cuadernos de Economía, año 40, n. 121. pp. 762-767. <http://economia.uc.cl/docs/121corta.pdf>

Devoto, Fernando y Boris Fausto. (2008). Argentina-Brasil: un ensayo de historia comparada (1850-2000). Buenos Aires: Sudamericana.

Donatello, Luis. 2015. “Elites económicas e elites políticas frente a democracia: as fontes da debilidade institucional argentina em comparação com o Brasil”, en Boschi, Renato y Bustelo, Santiago (ed.), Brasil e Argentina: Políticas e trajetórias de desenvolvimento. Rio de Janeiro: E-papers, pp. 147-165.

Etchemendy, Sebastián y Candelaria Garay. (2011). “Argentina: Left Populism in Comparative Perspective, 2003-2009”, en Levitsky, Steven y Kenneth Roberts (ed.), The resurgence of latin american left, Baltimore: Johns Hopkins University Press, pp. 283-305.

Etulain, Carlos R. (2001). A Esquerda e o Peronismo. (Tesis de doctorado em Economía) UNICAMP. pp. 49- 73. <https://periodicos.fclar.unesp.br/estudos/article/download/166/164>

Fairfield, Tasha. (2010). Business and tax reform: taxing income and profits in Chile and Argentina. Latin American Politics and Society, v. 52, n. 2. pp. 37-71.

Holzacker, denilde; ROSSI, Flávia C. R. (2009). “As visões das elites sul-americanas e mexicanas a respeito da democracia e da desigualdade social e econômica” [version electronica]. Carta Internacional, v. 4, n. 2. pp. 56-72. Recuperado el 18 de septiembre de 2018 de <https://cartainternacional.abri.org.br/Carta/article/view/520/0>.

Instituto Nacional de Estadística y Censos de la República Argentina INDEC. Serie histórica 2003/2009 – empleo y desempleo. Recuperado el 17 de noviembre de 2018 de [https://www.indec.gov.ar/series\\_historicas.asp?id\\_tema\\_1=4&id\\_tema\\_2=31&id\\_tema\\_3=58](https://www.indec.gov.ar/series_historicas.asp?id_tema_1=4&id_tema_2=31&id_tema_3=58)

López, Andrés. (2006). “Empresarios, instituciones y desarrollo económico: el caso argentino”. Ponencia preparada para la Oficina de CEPAL. Buenos Aires, enero.

Losada, Leandro. (2009). Historia de las elites en la Argentina: desde la conquista hasta el surgimiento del peronismo. Buenos Aires: Sudamericana.

Malamud, Andrés. (2004). “El bipartidismo argentino: evidencias y razones de una persistencia (1983-2003)”. Colección, año X n° 15. pp. 13-43.

Moreira, Constanza. (2006). “Sistemas de partidos, alternancia política e ideología en el cono sur”. Revista Uruguaya de Ciencia Política, n. 15. pp. 31-56.

Panizza, Francisco. (2005). “Unarmed Utopia Revisited: The Resurgence of Left-of-Centre Politics in Latin America”. Political studies, v. 53. pp. 716-734.

Schorr, Martín. (2001). ¿Atrapados sin salida?: la crisis de la convertibilidad y las contradicciones en el bloque de poder económico. Argentina: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

Schwarzer, Jorge. (1996). “Una elite empresaria en la Argentina: la Unión Industrial Argentina” [versión electrónica]. Ensaio FEE, v. 17. pp. 123-151. Recuperado el 02 de septiembre de 2018 de <https://revistas.fee.tche.br/index.php/ensaio/article/download/1860/2231>

Silva, Fábio M. E. y Eleonora S. M. Cunha. (2004). “Process-tracing e a produção de inferência causal”. Teoria e Sociedade, n. 22.2. pp. 104-125.

Svampa, Maristella. (2011). “Argentina, una década después: del “que se vayan todos” a la exacerbación de lo nacional-popular” [versión electrónica]. Nueva Sociedad, n. 235. pp. 17-34. Recuperado el 23 de julio de 2018 de <http://nuso.org/articulo/argentina-una-decada-despues-del-que-se-vayan-todos-a-la-exacerbacion-de-lo-nacional-popular/>

Vadell, Javier Alberto. (2006). “A política internacional, a conjuntura econômica e a Argentina de Néstor Kirchner”. Revista Brasileira de Política Internacional, v. 49, n.1. pp. 194-214.

World Bank. 2002. “World Development Indicators 2002”. *Open Knowledge Repository – World Bank*. Abril 2002. Recuperado el 27 de noviembre de 2018 de <https://openknowledge.worldbank.org/handle/10986/13921>

Wylde, Chistopher. (2012). “¿Continuidad o cambio? Política económica argentina posterior a la crisis y el gobierno de Néstor Kirchner, 2003-2007” [versión electrónica]. Iconos Revista de Ciencias Sociales, n. 43. pp. 109-133. Recuperado el 17 de agosto de 2018 de <http://revistas.flacsoandes.edu.ec/iconos/article/view/352>